

SUJETOS HISTÓRICOS Y CULTURAS POLÍTICAS EN LA ÉPOCA CONTEMPORÁNEA

Andrés HOYO APARICIO

Universidad de Cantabria/SANFI

ORCID: 0000-0002-5114-8721

Toda obra colectiva nace de un impulso doble: la necesidad de pensar en común y la conciencia de que ningún fenómeno histórico puede comprenderse desde una sola voz. *Sujetos históricos y culturas políticas en la época contemporánea* responde precisamente a ese impulso. Los textos aquí reunidos no pretenden ofrecer una síntesis definitiva sobre las formas de acción, identidad y representación social y política que han atravesado distintas sociedades, sino, desde sus particulares aportaciones, abrir un campo de interrogaciones que permitan comprender cómo los sujetos —individuales y colectivos— se construyen históricamente en relación con las estructuras de poder, las narrativas de legitimidad y los imaginarios sociales que los configuran. El estudio de los sujetos históricos y de las culturas políticas constituye un eje fundamental para comprender las dinámicas del cambio social y la configuración del poder en diferentes contextos históricos. Ambos

conceptos, aunque distintos, se encuentran profundamente entrelazados: los sujetos históricos son portadores, productores y transformadores de culturas políticas; mientras que estas últimas delimitan los marcos simbólicos y normativos dentro de los cuales dichos sujetos actúan, piensan y se organizan colectivamente.

La noción de «sujeto histórico» no debe identificarse únicamente con individuos destacados o con líderes carismáticos, sino, como ya reflexionó Edwaard P. Thompson [*La formación de la clase obrera en Inglaterra*, 1989 (1966)], también con colectividades sociales que, en determinados momentos, adquieren conciencia de su posición en el entramado histórico y actúan para transformarlo. El sujeto histórico es siempre una construcción relacional, producto de tensiones entre determinaciones estructurales y experiencias vividas, entre condicionamientos materiales y horizontes simbólicos. En este sentido, pensar al sujeto histórico implica preguntarse no sólo quién actúa, sino también cómo y desde dónde y bajo qué condiciones puede hacerlo. Su manera de conducirse no nace espontáneamente, sino que lo hace dentro de un horizonte cultural que define lo quisiera hacer, lo que puede hacer y lo que, finalmente, termina haciendo.

Del mismo modo, el concepto de «cultura política» ha experimentado una expansión semántica que lo aleja de las concepciones restringidas al mero comportamiento electoral o a las instituciones formales del Estado. Hoy se entiende como el conjunto de valores, prácticas, representaciones y lenguajes mediante los cuales los individuos y los grupos otorgan sentido a lo político, construyen pertenencias, interpretan la autoridad y definen sus formas de participación. Hablar de culturas políticas en plural —como se hace en este libro— implica reconocer la coexistencia, la disputa y la hibridez de diferentes matrices simbólicas que articulan lo político en contextos específicos; esto es, las distintas manifestaciones de una misma idea. Las culturas políticas no son meros reflejos de estructuras de poder, sino espacios construidos donde se negocian identidades, memorias y proyectos de futuro [Serge Berstein, «La culture politique», en J. P. Rioux y J. F. Sirinelli (dirs.), *Pour une histoire culturelle*, 1997].

SUJETOS HISTÓRICOS Y CULTURAS POLÍTICAS EN LA ÉPOCA CONTEMPORÁNEA

El diálogo entre «sujetos históricos» y «culturas políticas» constituye, por tanto, un terreno fértil para la investigación interdisciplinar. En este libro convergen en el análisis histórico perspectivas influidas por la Sociología, la Politología, la Economía o la Filología. Cada autor y autora examinan, desde esta variada influencia, las formas en que las prácticas políticas se enraízan en experiencias sociales concretas y cómo los actores históricos elaboran significaciones que desafían, reconfiguran o perpetúan los órdenes establecidos [Charles Tilly, *Social Movements, 1768-2004*, 2004].

Uno de los méritos de este libro está en mostrar que los sujetos históricos no son entidades preexistentes que actúan sobre un escenario dado, sino resultado de procesos de constitución colectiva. La subjetividad política se produce en la interacción, en la disputa por el sentido y en la construcción de marcos de interpretación compartidos. Las culturas políticas, en consecuencia, representan tanto el espacio de esa producción como el lugar donde se sedimentan las huellas de las disputas pasadas. Leerlas supone rastrear la memoria de los conflictos, las emociones y las prácticas que han configurado la vida pública en distintas coyunturas. Los sujetos históricos encarnan la capacidad transformadora de los actores colectivos; las culturas políticas definen los marcos simbólicos que orientan y limitan toda acción y toda relación. Comprender su interacción permite explicar los procesos mediante los cuales las sociedades no solo viven la historia, sino que también la construyen [Jean François Sirinelli, «De la demeure á l'agora. Pour une histoire culturelle du politique», en S. Berstein y P. Milza (eds.), *Axes et méthodes de l'histoire politique*, 1998].

Este libro colectivo combina rigor analítico y sensibilidad histórica. Los textos aquí reunidos demuestran que el estudio de las culturas políticas no puede separarse de las experiencias concretas de los sujetos que las habitan. Al mismo tiempo, revelan que la Historia no es un depósito de acontecimientos pasados, sino un campo donde el pasado es constantemente reinterpretado a la luz de las preocupaciones del presente, por lo que tratar de

comprender cómo los sujetos históricos han configurado sus culturas políticas no es un ejercicio de mera erudición, sino también una herramienta para interrogar nuestro propio tiempo.

En una época, como la actual, marcada por la polarización del espacio público y por una creciente desafección hacia las instituciones representativas, en un contexto de difusión acelerada de emociones y de información, no contrastada, generadora de realidades alternativas encerradas en sus propias burbujas mediáticas, la pregunta por las formas de subjetividad política adquiere renovada relevancia. ¿Qué significa ser sujeto político en el siglo XXI? ¿Qué lenguajes permiten articular hoy la acción colectiva, la solidaridad o el disenso? ¿Cómo se reconfiguran las culturas políticas en un escenario global atravesado por la desigualdad manifiesta, la crisis ecológica y el cuestionamiento de las grandes certezas? Las respuestas no son fáciles, pero ya el hecho de ser planteadas sugiere que el final de la historia que anunció Francis Fukuyama tras el fin de la Guerra Fría se ha revelado como un análisis fallido. Frente a este discurso de poshistoria, lo que nos desvela, por ejemplo, el «Trilema de Rodrik» o nos hace reflexionar la «Teoría de las modernidades múltiples» de Shmuel Eisenstadt, lo que nos descubre el regreso a las desigualdades tal como han sido cuantificadas por Thomas Piketty y Branko Milanovich, lo que nos revela el concepto «tecnofeudalismo» acuñado por Yanis Varufakis, o lo que nos ilumina la expresión «capitalismo de la finitud» que desarrolla el historiador Arnaud Orain, nos invitan a considerar que «vuelve la historia». Pero, ¿de qué estamos hablando cuando decimos que vuelve la historia y qué es exactamente lo que vuelve? Las siguientes reflexiones del catedrático de Filosofía Política Daniel Innerarity son muy esclarecedoras sobre esta cuestión:

La historia reaparece fundamentalmente bajo tres categorías: controversia, decisión y retroceso. Volvemos a un entorno de conflicto, confusión, desorden, contingencia, inseguridad, incertidumbre; vuelven incluso las hipótesis más descabelladas, entre las cuales la más perturbadora es la posibilidad de la guerra. De entrada, disminuye el nivel de

SUJETOS HISTÓRICOS Y CULTURAS POLÍTICAS EN LA ÉPOCA CONTEMPORÁNEA

acuerdo en torno a la realidad; instituciones y consensos son cuestionados. (...) La versión más radical de este incremento de la controversia es la pretensión de los hechos alternativos, pero sin llegar a ese extremo podemos constatar que ha aumentado el perímetro de lo discutible y el cuestionamiento de las autoridades, la dificultad de generar confianza. La historia se recupera también como oportunidad: vuelven las encrucijadas, los momentos decisivos, las disyuntivas, las apuestas en medio de la incertidumbre.

Y ha vuelto también la posibilidad del retroceso, la fragilidad del mundo, de las instituciones de la globalización, la desconsolidación de las conquistas, la reversibilidad democrática, la contingencia de los avances, el cuestionamiento de la ciencia, una nueva intemperie. La historia era esto y parecía que lo habíamos olvidado. Hablar del retorno de la historia no significa que vuelvan acontecimientos pretéritos o se reproduzcan situaciones similares del pasado, sino que vuelve la imprevisibilidad y la indeterminación del futuro, ese meollo de la condición humana que habían hecho invisible las promesas, los cálculos y las predicciones. El común denominador de las diferentes experiencias contemporáneas del tiempo es que los futuros están en cuestión. Ya no vale la idea de que las cosas seguirán como hasta ahora, mejor o peor, porque se ha quebrado esa lógica de continuidad, lo cual no es necesariamente una mala noticia, sino una apelación a nuestra responsabilidad.

Con la historia vuelven la preocupación y la esperanza. Cuando se nos anunciaba la llegada de algo inexorable, nuestra única tarea era prepararnos; la actual vuelta de la historia exige y permite que hagamos algo más que celebrar la llegada de lo inevitable. Las turbulencias actuales dibujarán un nuevo mapa de nuestras responsabilidades y de lo que podemos contribuir a que pase. Antes no había esperanza, sino un crudo

determinismo, mejora mecánica, progreso irreflexivo. No *esperábamos* lo mejor, sino que lo *sabíamos*. Hay esperanza donde lo mejor es posible pero no necesario, en cuyo caso no hablaríamos de esperanza sino de certeza. La esperanza es una expectativa en medio de la incertidumbre. Esperamos porque las cosas pueden mejorar y porque también el mal es frágil y perecedero. No es poca cosa poder saber que tampoco lo peor es irreversible [Daniel Innerarity, «Vuelve la historia», *El País*, 1 de mayo de 2025].

Los capítulos que forman parte de este libro tienen su origen en las ponencias que se presentaron y discutieron en las *Jornadas Predoctorales de Historia Contemporánea 2025* celebradas en Santander los días 21 y 22 de mayo de 2025 en la sede de la Real Sociedad Menéndez Pelayo. Estas Jornadas, que desde 2023 se vienen celebrando con una periodicidad anual, forman parte del Programa Interuniversitario de Doctorado en Historia Contemporánea de la Universidad de Cantabria. Por su novedad e interés, en este libro se ha incluido, como un capítulo más, la conferencia inaugural que impartió el profesor Borja Rodríguez Gutiérrez, actual presidente de la Real Sociedad Menéndez Pelayo.

El texto que firma Daniel Arroyo Rodríguez analiza el proceso de transformación y fractura del movimiento católico-liberal francés en el contexto abierto por la revolución de febrero de 1848 y la instauración de la Segunda República francesa. Partiendo de esta coyuntura decisiva, estudia los efectos del cambio de régimen sobre este espacio político-religioso. El análisis pone el acento en las circunstancias, tanto nacionales como internacionales, que incidieron en la evolución del movimiento y que explican su fragmentación en dos proyectos divergentes, cada uno de ellos portador de una propuesta de adaptación católica a la modernidad: uno moderado, que buscó acomodarse a las nuevas circunstancias mediante un enfoque conservador; y otro, más joven y progresista, que abogó por reconciliar religión y modernidad a través de la democracia republicana y la respuesta a la cuestión social. Se ofrece así una clave de lectura para

SUJETOS HISTÓRICOS Y CULTURAS POLÍTICAS EN LA ÉPOCA CONTEMPORÁNEA

comprender tanto la configuración interna del movimiento como su propuesta de conciliación entre fe y modernidad en una Francia en transformación.

Tomás Blanco Saiz aborda la polémica conocida como «la cuestión del pacto»; un intenso debate que se desató en el espacio político republicano-federal desde, al menos, 1868 hasta 1881 y que refleja la peculiar heterogeneidad del republicanismo federal español del periodo. «La cuestión del pacto» no solo fue un debate entre defensores y detractores de una idea concreta, sino una compleja polémica creada sobre la base de las distintas conceptualizaciones que se hacían del término y las posturas que los federalistas de unas u otras familias asumían respecto a esas representaciones. Al final, ante la evidencia de que la única resolución que podía tener la controversia acerca de la idea de pacto es que no había acuerdo posible, federales orgánicos, pactistas piistas y pactistas almiralianos terminaron por distanciarse, cerrándose así el «ciclo del pacto» en el federalismo español decimonónico.

Enrique Rodríguez Pereda parte en su estudio de la consideración de que las compañías comerciales de carácter familiar fueron uno de los principales modelos empresariales en la Cuba del siglo XIX. Su evolución estuvo marcada por el devenir de la industria azucarera y por las fluctuaciones de una economía cada vez más globalizada. Desde este enfoque, centra su análisis en la trayectoria empresarial de Torriente Hermanos y Compañía, de la ciudad de Cienfuegos, un ejemplo paradigmático de la historia empresarial y económica de la isla: una compañía familiar, constituida por españoles, que replicaron los patrones de emigración característicos de la primera mitad del siglo XIX.

Borja Rodríguez Gutiérrez presenta un texto en el que hace una reflexión sobre las consecuencias que ha tenido la resignificación de la figura y del pensamiento del polígrafo santanderino Macerlino Menedez Pelayo tras su fallecimiento, en 1912, por parte de una derecha católica, integrista, tradicionalista y ortodoxa, impulsora de la imagen de un Menéndez Pelayo franquista, y que la intelectualidad democrática española en el

exilio fue, de manera acrítica, asimilándola y aceptándola. Así, primero, desde el pensamiento de adscripción carlista, y, después, durante el franquismo, en donde sobresalen las publicaciones de Jorge Vigón, de Vila Selam, de José Ibañez Martín o de Florentino Pérez Embid, se va construyendo esta nueva imagen, de dimensiones heroicas, casi míticas, de un Menéndez Pelayo quintaesencia del pensamiento ultraconservador, cerril, incapaz del diálogo y martillo de herejes. Se proyecta la idea de un Menéndez Pelayo defensor del nacional-catolicismo y de la monarquía de los primeros Borbones: «Franco y Menéndez Pelayo eran eslabones de la misma cadena».

Guillermo Revuelta Sierra analiza la acción protectora del sistema de previsión social del régimen de Franco entre los meses de julio y diciembre de 1963. En este período el sistema de previsión social iniciado por la dictadura en 1938 había alcanzado su máximo grado de madurez, prefigurado el actual sistema de previsión social del Estado español. La Ley de Bases de la Seguridad Social de diciembre de 1963 reorganizó el complejo sistema existente hasta ese momento, estableciendo un régimen general para los trabajadores de la industria y los servicios, al que deberían irse incorporando los regímenes especiales del resto de colectivos sociolaborales. Igualmente, colectivos que ni tan siquiera formaban parte de este sistema se fueron integrando en él, como fue el caso de los funcionarios y los beneficiarios de las prestaciones no contributivas y, más tarde, los profesionales liberales afiliados a mutualidades sectoriales y sustitutivas del sistema general.

Eva Gómez Fernández examina la concepción de la muerte en el ideario de Blas Piñar, centrada en una teología-política que sacralizaba el sacrificio. Blas Piñar (1918-2014), que ejerció la profesión de notario y cuya trayectoria política se identificó con el nacionalcatolicismo y la extrema derecha, fue el fundador de Fuerza Nueva, un partido que se opuso a la llegada de la democracia parlamentaria. Influidor por movimientos como los cristeros, rexistas y legionarios, Gómez Fernández argumenta que Blas Piñar articuló un proyecto de regeneración nacional basado en

SUJETOS HISTÓRICOS Y CULTURAS POLÍTICAS EN LA ÉPOCA CONTEMPORÁNEA

el culto mariano, el agrarismo, el ideal del «monje-soldado» y el caudillismo providencial. La muerte se convirtió en acto redentor y fundacional, legitimando una visión del poder teocrático y un imaginario espiritual profundamente antiliberal, urbanóforo y antimoderno.

Este libro colectivo se cierra con la aportación de Sara Moro Carrera. En su texto examina la dinámica entre teoría y acción política dentro del movimiento feminista radical de Nueva York, entre 1968 y 1970, un período formativo crucial para el Movimiento de Liberación de las Mujeres. A partir de los debates que se produjeron en el seno de las agrupaciones más destacadas, Moro Carrera distingue dos tendencias fundamentales: una que priorizó la introspección y el desarrollo de la autoconciencia como base para la liberación, y otra que se identificó con el activismo y la agitación en la esfera pública. Para comprender estos procesos, la autora parte de una descripción de los grupos de autoconciencia como célula fundamental en la construcción de una conciencia política compartida y de un fuerte sentimiento de pertenencia que allanó el camino hacia la acción colectiva. Asimismo, describe y analiza algunas de las campañas e intervenciones de activismo callejero más emblemáticas, demostrando cómo la teoría surgida de la reflexión colectiva se materializó en numerosas ocasiones en una eficaz y disruptiva praxis política.